

mente en los campos de batalla, derramarás una lágrima y elevarás á Dios un ruego.

—¡Antonio! interrumpió Clarencia conmovida: es menester separarnos; esta conversación no debe prolongarse más.

—Sea como lo mandas, Clarencia.—  
¡Adiós! ¡Adiós!—Antonio tomó una mano de Clarencia, y la iba á acercar á sus labios, cuando un dominó negro que salió del cortinaje, como si Lucifer lo evocara, arrebató del brazo á Clarencia. Antonio, sorprendido, permaneció un corto tiempo inmóvil; después se levantó del asiento, recorrió la sala, pero en vano, pues los dos máscaras habían desaparecido.

## IV

El dominó negro se abrió paso por entre la multitud de gente que ocupaba la sala, y oprimiendo convulsivamente el brazo de Clarencia, la condujo hasta su casa, sin decirle una sola palabra. Ella, por su parte, se dejó guiar maquinalmente por el máscara, ó más claro, por su esposo, que previsor ó suspicaz había seguido á su mujer al baile, sin que ella pudiese ni aun sospecharlo; pero luego que se halló sola en su alcoba, se arrojó al lecho y virtió un torrente de lágrimas; después se puso en pié, y

mirándose por casualidad en un espejo, exclamó:—“¡Funesta hermosura! ¡Desgraciada juventud! ¡Vanos adornos! El mundo, la sociedad diría al mirarme, ¡qué feliz y qué bella es esa mujer! ¡Mentira! Esa mujer hermosa envuelta en terciopelo, brillante como un lucero con los diamantes que adornan su cuello y ciñen su sien, es una infeliz, porque en una hora perdió la paz de su corazón, llenó de acíbar la vida de su esposo. ¡Oh! ¡Maldecidos diamantes, continuó arrancándose las joyas que la adornaban, y arrojándolas con desdén sobre el tocador; fatales vestidos de seda y oro, debajo de los cuales palpita un corazón inquieto! ¡Ricardo, Ricardo, ven, háblame, échame en cara mi ligereza, maldícame! ¿Por qué no cerré mis oídos á la voz de Antonio? ¿Por qué fui á ese baile infernal? ¿Por qué, Dios mío, me presentaste delante este hombre, que despertó de un golpe todos mis recuerdos, todo mi amor de niña? Y le tengo aún presente, y quisiera que él fuera mi esposo, y le amo, le amo; el corazón lo dice, y mi boca no lo quiere pronunciar. ¿Y le amo cuando no debo amar más que á mi esposo? ¡Oh! es cruel, Dios mío, es cruel que dejes vivir á los que sufren estos martirios. ¡Perdón, perdón, Virgen María!” Clarencia cayó de rodillas, y ocultó su rostro y sus hombros ya desnudos entre las cortinas de su lecho. ¡Pobres mujeres! Aisladas y sin tener quien

pueda comprenderlas, lloran sus cuitas de amor ante la protectora de los desvalidos. Clarencia pasó una noche agitada, llena de ensueños y horribles visiones.

A la mañana siguiente entró Ricardo fumando un puro, aparentando mucha tranquilidad y calma y se sentó en una silla. El esposo de Clarencia no era uno de esos jóvenes almibarados y petimetres, sino un coronel de cuarenta y cinco años, de una fisonomía severa, y podría decirse adusta: entre las pobladas cejas tenía hundidos unos pequeños ojos negros, y sus labios estaban casi ocultos por un poblado bigote: no se le notaba señal en su vestido ó en su rostro que indicara el largo combate que había sufrido su alma. Clarencia sólo pudo advertir que sus ojos estaban más hundidos y reconcentrados en su órbita, y que una ligera palidez cubría sus mejillas.

—Nada me dices del baile, Clarencia, dijo el marido arrojando una bocanada de humo y arrellanándose con una especie de afectado abandono en el sillón.

—En efecto, nada tengo que decir sino que no volveré á concurrir á otro.

—¿Con qué nada sucedió de particular? ¿Bailaste mucho?

—Ricardo, es inútil ese tono de burla y de sarcasmo, si estás enterado de lo que pasó, si sabes. . . . .

—Sé, gritó el marido hiriendo el pavimento con el pie, que es un necio el hom-

bre que se fía en el honor de una mujer; porque si las mujeres conocen el honor, es sólo para hollarlo, para tirarlo en medio de la primera orgía donde falte su esposo, su padre, su tutor. . . . ¿Lo entiendes, Clarencia? Se necesita velar día y noche las miradas, las sonrisas, las más insignificantes acciones de ese bello sexo, que aprende desde el vientre de su madre á disimular y á traicionar los más sagrados sentimientos. Esto es cruel, muy cruel para un marido.

Clarencia bajó los ojos y sus mejillas se cubrieron de un tinte nácar.

—¿Callas, Clarencia? ¿Enmudeces? ¿Ni una sola palabra dices para justificarte?

—¡Justificarme, señor! Responder á insultos que se les dicen á las mujeres perdidas! No, ni una sílaba debe contestar una mujer cuando su esposo le ha dicho á gritos que no tiene honor. Y esto, señor, repito, ha sido en voz alta, de manera que mañana los criados repetirán: "la señora no tiene honor;" y después todas las gentes, toda la sociedad gritará contra mí, y no tendré honor mas que para Dios, señor, que ha sido testigo que entre romper las fibras de mi corazón, y faltar á mis juramentos, no he vacilado.

—Bien, Clarencia, la lección estaba muy estudiada; ¡pero vive Dios! que no seré de esos maridos que son el objeto de la burla y el escarnio de los libertinos de los cafés. No, Clarencia, te engañas; romperé

yo también las fibras de mi corazón, olvidaré que has sido mi esposa y que te he amado, y me resignaré á soportar esa vida amarga, aislada y solitaria, del que ha visto perjura y traidora á la mujer á quien adoraba.

—Es preciso acabar cuanto antes, señor. Si soy inocente, no merezco estar sufriendo insultos más crueles que la muerte misma; y si soy culpada, no debo ocupar más vuestro lecho, ni ser la compañera de vuestra vida. En todos casos, lo que conviene es una separación.

—Sí, una separación eterna, un odio eterno.

—Odio, Ricardo, jamás te lo tendré, replicó Clarcncia con una voz dulce, ¿odio? ni pensarlo: siempre conservaré en mi corazón una porción del amor que te he tenido; siempre recordaré las atenciones y cuidados que me has prodigado en los dos años de nuestro matrimonio... y en cuanto á las injurias de hoy, las olvidaré; pero cuando han pasado en un matrimonio escenas como ésta, hay muy pocas probabilidades de seguir viviendo con esa calma y tranquilidad indispensable en la vida doméstica. Las joyas, la ropa, todo quedará en tu casa... para pasar el resto de una vida infeliz, me basta la pobre celda de un convento. El tiempo, Ricardo, aclarará las cosas, te volveré; la calma que ahora te falta, y me harás justicia.

Había en la voz de Clarcncia tanta dulzura, era su acento tan lleno de verdad y de sencillez, que Ricardo conmovido exclamó:

—Clarcncia, aun reconozco en tí la misma mujer sencilla y virtuosa que he amado. Dime solamente que te fueron indiferentes las palabras de ese joven, dime que... lo que quieras... una mentira, y esa mentira la creeré como el evangelio; todo se olvidará y te amaré como antes.

—A Dios gracias, Ricardo, jamás he aprendido ese arte de disimular, ni una mentira ha salido de mi boca; te hablaré ahora como siempre, la verdad, y ésta servirá de la más completa satisfacción. Disgustada casi en el momento de entrar en el baile, y no pudiendo ya volverme sola, busqué un sitio apartado; allí las memorias de mis juegos y placeres de niña, me ocuparon; allí recordé las primeras palabras de amor que sonaron en mis oídos; y el joven que las pronunció, el joven que despertó mis primeras ilusiones, estaba allí; lo ví después de tres años de ausencia y... tú sabes lo demás... Todas las mujeres hemos tenido nuestro amor de niñas; todas, Ricardo, nos casamos después con otro hombre á quien amamos más ó menos; pero ninguna, ninguna, olvida completamente al primero que se insinuó en su corazón. Ahora bien, una mujer novelesca, inmoral, perjura, olvida á su marido, remueve

las cenizas de su primer amor; y se aventura locamente en el camino del crimen. Yo, Ricardo, no pude ni prever ni evitar esa fatal coincidencia de mis pensamientos con la presencia del joven; yo no pude rehusarle sin haber causado un escándalo, una explicación que me pedía con las lágrimas en los ojos.

— ¡Es terrible, terrible lo que estás diciendo, Clarenzia!

— Yo no podía ultrajar á un corazón que había latido por mí; yo no podía dejar envenenada la existencia entera de un hombre que su delito había sido aspirar á mi mano cuando podía hacerlo.

— ¡Ah, Clarenzia, tú no podías rehusar nada á ese hombre, y has podido echar acíbar en los días de tu esposo, que tampoco ha tenido más delito que amarte! ¡Esto es injusto, esto es infame!

— Sí, será infame; pero esta es la naturaleza; será infame; pero esto lo hace el corazón, sin quererlo la voluntad. Lo que yo debo hacer y haré es, lo único que se puede exigir de una mujer honrada; es decir, no verlo, no hablarle, procurarlo olvidar, y ser fiel á su esposo, para quien únicamente debo estar consagrada. Esto de todas maneras lo haré, ya me aborrezcas, ya me ames como antes. Esta es la verdad, Ricardo.

— ¿Con que lo amabas antes que á mí?

— Ricardo, aun no te había conocido.

— ¿Y ahora?

— Ahora no debo tener más amor que el tuyo.

— Pero francamente, como si lo dijeras á Dios; ¿tienes en este momento alguna afección en tu alma por él?

— Procuraré olvidarlo, contestó Clarenzia en voz muy baja.

— No necesitaba yo saber más, Clarenzia! ¡Clarenzia, tengo celos! Te o hubieras querido adúltera; pero amante. Un crimen te lo hubiera perdonado; pero que des una parte del amor que debe ser todo, todo de tu esposo! ¡ Maldición! ¡ Esto jamás lo perdonaré! Para él la muerte; para tí un convento! Ricardo salió y cerró tras sí la puerta con estrépito.

Si el amor es obra de Dios ó del diablo, es cosa que nunca ha podido averiguar el miserable autor de esta verídica historia; el caso es que diariamente ve en este punto cosas que, si se escribieran, tal vez nadie las creería. El que esto lea, no podrá menos que decir que Clarenzia era una tonta, puesto que en lugar de acallar los celos del marido con mimos y coqueterías, y seguir en sana y octaviana paz, le confesó de liso

en llano los sentimientos de su corazón. Cada cual es dueño de pensar ó decir lo que le agrade; pero yo no puedo más que contar lo que pasó: y lo que pasó también en el corazón del celoso marido ya pueden figurárselo los curiosos, puestos que según refieren los historiadores, salió ciego, frenético, atropellando á cuantos encontraba en la calle, y corriendo aquí y acullá como un verdadero loco, puesto que no sabía donde era la habitación del capitán Antonio, ni presumía tampoco en qué sitio lo podría encontrar. Ya se ve, estaba celoso. Ha estado celoso alguna vez el benévolo lector; ¡Oh! es enfermedad cruel, diabólica, y verdadera hidrofobia del alma.

La maldecida casualidad ó el destino, como diría un romántico, hizo que el marido divisara de lejos al amante, el cual por su parte, caminaba por la acera, indolente, descuidado, meditabundo, sumergido en hondas cavilaciones, sobre la suerte que á consecuencia de su ligereza había cabido á su querida niña Clárencia. El marido, con la alegría y ligereza con que la pantera se daría sobre su presa, se aproximó al capitán y le dijo con voz bronca: Caballero, tengo que hablar con usted á solas. Nos comprendo cuál será el asunto, que tenga usted que no pueda explicármelo aquí; pero sea lo que fuere, sírvase usted venir á mi cuarto, que está en la posada americana.

—Donde usted quiera. Los dos antagonistas echaron á andar y en breve llegaron á la posada americana.

—Lo que deseo, caballero, dijo el coronel cerrando con llave la puerta, es volarle á usted la tapa de los sesos; pero le dejo el recurso de que se defienda. El marido se desembozó su capa, sacó de la bolsa un par de pistolas, de las que una arrojó sobre la mesa, y la otra la cazó y empuñó apuntando en línea recta á la frente del capitán Antonio.

—Coronel, contestó Antonio con calma, no puedo creer sino que esos arrebatos de furor provienen de que tiene usted trastornado el juicio, y en ese caso, lo más prudente será, ó arrojar á usted por la ventana ó llamar gente que lo ate y conduzca á la casa de locos.

—Digo á usted por la última vez que tome la pistola y se defienda.

El capitán trató de dirigirse á la puerta y llamar gente en su auxilio; pero Ricardo le impidió el paso, diciéndole: ¡Miserable! ¡cobarde! ¿Tiene usted valor para seducir á una dama en un estrado, y no se halla con fuerza para arrostrar con la cólera de su rival? ¡Ea; defiéndase usted! le repitió, ó lo asesinó.

El capitán retrocedió y tomó maquinalmente la pistola.

—Ve, continuó el coronel, que algo quiere usted hacer en obsequio de su vida;

pues bien, tenga usted este papel; si yo muero en su cuarto, tal vez le servirá para librarse de la horca.

El coronel arrojó un papel á los pies de Antonio.

—Coronel, doy á usted mi palabra de que me batiré de la manera que usted quiera; pero al ménos permítame preguntarle, ¿qué motivo lo obliga á obrar de esta suerte? Yo no he visto á usted jamás... no lo conozco...

—¡Jamás! es verdad; ¡pero á ella sí la ha visto usted y la conoce! ¡Oh! ¡Todos los seductores conocen sin duda mejor á la mujer que al marido!

—¿Seductor me llama usted?... Muchas faltas habré cometido en mi vida; pero seducir á una mujer, nunca, señor coronel, ni sé qué mujer...

—¡Infame! ¡cobarde! ¡No sabe cuál y la ama!... la ama!... Repito, es usted un infame, que no merece llevar las insignias de capitán en los hombros. El coronel arrancó las divisas al capitán, y se las arrojó á la cara.

—¡Vive Dios, coronel, que ha venido usted á buscar la muerte á mi propia habitación! ¡Tire usted, tire usted, ó yo soy el que lo asesino! Antonio fijó la boca de la pistola en línea recta á la frente del coronel.

—¡Gracias á Dios, exclamó éste con una sonrisa convulsiva, que ha recobrado usted su energía de hombre, porque me había

usted parecido una mujer... un mandria!

—¡Por Cristo, coronel, tire usted y no hable más, ó le vuelo el cráneo.

—A eso he venido, señor capitán. Ahora es probable que no sea usted el segundo esposo de Clarenca.

—¡Clarenca! ¿Usted es el esposo de Clarenca?

—Si no lo fuera, si la vida no me abrumara, ¿había yo de venir como un loco á dejarme matar por usted ó á matarlo yo?

—Coronel, interrumpió Antonio arrojando la pistola al suelo, usted es dueño de asesinarme, porque yo no he de ofender á usted.

—En ese caso, Dios tenga piedad de la alma de usted, replicó el coronel fríamente.

En esto tocaron la puerta. El coronel ocultó la pistola, Antonio se paró á abrir, y se encontró con que un criado le entregó un papel, y se retiró al momento. Antonio lo abrió, lo recorrió rápidamente con la vista, y lo entregó al esposo, diciéndole:

—Ya ve usted, coronel, no me ama Clarenca: me pide que le cumpla la palabra que le di de alejarme para siempre. Así lo voy á hacer; y francamente, sería mejor que usted me quitara la vida. Los ojos del capitán se llenaron de lágrimas y no pudo decir más, porque la voz se le anudó en la garganta.

El coronel tomó el papel y leyó: "Señor. La conversación que, prevalido de las circunstancias, tuvo usted anoche conmigo, ha causado un grave disgusto á mi esposo, que nos sorprendió en ella, como usted fué testigo. No amo á usted ni como amiga... ni como hermana, y por lo tanto, es inútil que con su presencia se turbe más la dicha de un matrimonio. Así, le ruego que procure alejarse cuanto antes, y sobre todo, evite cualquier encuentro con mi esposo. Su servidora, etc."

—Coronel, mañana marchó á reunirme con mi regimiento, dijo el capitán con la voz ahogada por el llanto.

—Sea usted feliz, capitán, respondió el marido estrechándole la mano, y quiera el cielo volver á usted la paz del corazón.

—La paz de la tumba me conviene.

—Es una fatalidad amar, capitán; calculo por mis sufrimientos los de usted, y le agradezco este sacrificio.

—¿Está usted satisfecho, coronel?

—Es usted muy generoso, capitán. Gracias, mil gracias. Sea usted feliz: adiós.

—Adiós, coronel, ame usted mucho á Clarencia.

—Al menos, capitán, la veneraré como una santa, y á usted lo respetaré como á un caballero.

El coronel se embozó en la capa, y salió del cuarto de Antonio.

## VI

## CATASTROFE.

¿Cuál es la pareja humana que llama el vulgo matrimonio que no ha tenido alguna vez sus pequeños y acaso grandes disturbios? ¿Cuál es, en fin, el mortal que ha escapado del furor de esas grandes oscilaciones, ó si puedo decirlo, cataclismos del alma, que se conocen en la vida con el nombre de amor, celos y venganza? ¡Triste y miserable condición la humana! ¡Todas las flores de sus ilusiones han de tener espinas, y al agotar la copa del amor, ha de encontrar en el fondo amarga hiel! Pero cuando el hombre ha pasado por todas esas alternativas y contrastes, cuando la experiencia le ha enseñado á vivir mejor, y cuando en fin, la filosofía le ha dado á conocer lo transitorio, inconstante y perecedero de las cosas humanas, entonces recorre la escala de sus recuerdos con cierta melancólica conformidad; entonces contempla tranquilo ese mar tempestuoso y furibundo de las pasiones, donde en otros tiempos vogaba sin brújula ni timón. Esto sucedía ya á Ricardo, un año después de la escena que referimos en el capítulo antecedente. Una preciosa niña que dió á luz Clarencia borró

absolutamente las memorias de los pasados disgustos, y la ventura matrimonial, si no era tan cumplida como la pintamos en el capítulo primero, al menos no era turbada por ningún incidente desagradable. Los dos adoraban á la niña, y éste era el eslabón que los tenía unidos y felices. Clarencia cuando estaba sola cubría de besos la frente de su hijita, y la estrechaba contra su corazón. Clarencia siempre risueña, siempre complaciente con su esposo, estaba devorada de una tristeza interior que la consumía; así es que poco á poco iba desapareciendo el carmín de sus mejillas; día por día iba marchitándose un pétalo de esta rosa tan llena de vida y juventud. ¡ Pobres mujeres! ¡ Qué huellas tan profundas deja el amor en su sensible corazón! ¡ Pobres rosas que se secan y marchitan en el momento en que el sol de amor no vivifica su existencia!

En tal estado estaban las cosas el 30 de Noviembre de 1828. A las diez de esa noche turbóse el silencio de los habitantes de la hermosa México por el estallido de un cañón y al día siguiente los partidos divididos en dos bandos, y posesionados respectivamente de edificios fuertes, se disputaban con las armas en la mano el ejercicio del poder supremo. Es un episodio bastante lúgubre de la historia mexicana; pero para nuestro propósito basta sólo decir que la habitación de Ricardo estaba situada en una de las calles interesantes para

la defensa del gobierno de aquella época, y que al día siguiente una compañía de infantería se presentó con el fin de ocupar la azotea de la casa. Entraron en efecto los soldados sin hacer daño alguno; pero Ricardo notó que el oficial que los mandaba se embozó en una luenga capa, caló hasta las cejas su cachucha, y sin hacer mas que una ligera reverencia, se subió á la azotea con su tropa. Todo el día el fuego de fusilería fué sostenido y vivo. Las balas llovían en la azotehuela y corredores; dos soldados que murieron fueron arrojados de la azotea á la calle: tres que resultaron heridos los colocaron en un cuarto de la casa y Clarencia y sus criadas los asistían con esmero. Así pasó el día: en la noche, que cesó el fuego, envió Ricardo á suplicar al capitán que pasara á cenar y á descansar un rato. El capitán contestó que su deber le imponía estarse en la azotea, y no abandonar á la tropa ni un momento.

El segundo día la fusilería continuó tronando. Cuatro muertos más fueron arrojados á la calle, y tres heridos delegados á las caritativas atenciones de Clarencia. El capitán envió á pedir una venda y unas hilas. Clarencia y el marido con afectuosa solicitud le mandaron decir que bajara sólo un instante; que si estaba herido le curarían como á un hermano.... como á un amigo.

El capitán contestó que era un raspón



que le había dado una bala en los dedos, que no parecía cosa de cuidado. Ricardo quiso subir á la azotea á instar personalmente al capitán á que bajase; pero como caía materialmente un aguacero de balas, Clarencia se lo impidió.

El tercer día el fuego fué horrible. No hubo tiempo ni de bajar los heridos, ni de arrojar los muertos á la calle. A las cinco de la tarde un sargento bajó á decir que el capitán estaba gravemente herido.

—¡Dios mío! ¡Pobre capitán! exclamó Clarencia. Haga vd. que lo bajen inmediatamente, sargento; quizá podremos salvarlo.

—Sí, sargento, interrumpió el coronel, ¡pronto, pronto! Que lo bajen á nuestra recámara, á nuestro lecho.

El sargento regresó á poco acompañado de dos soldados que traían en los brazos al capitán envuelto en su capa. Colocáronle en el mismo lecho de Clarencia.

—Vaya, hija mía, dijo el marido, es menester ver dónde tiene la herida.

Clarencia se acercó temblando, descubrió al capitán, y al verlo arrojó un lastimero grito y cayó de espaldas.

El capitán era Antonio.

A poco rato Clarencia se levantó con los ojos fijos y desencajados, desordenó y arrancó sus rubias trenzas de pelo, corrió de un lado á otro de la habitación, y por fin se acercó al lecho y depositó un beso

en los labios moribundos del capitán, el cual pudo mirarla por la postrera vez con unos ojos ya empañados con el soplo de la muerte, y exhalar el último suspiro, como si el beso de la que amó desde niña hubiera sido el beso de un ángel que sorbió su alma.

Clarencia, así que lo vió muerto, golpeó contra el lecho y las paredes su hermosa frente, comenzó á articular palabras sin coherencia alguna. ¡Cuánto hubieran las lágrimas aliviado el intenso dolor de Clarencia. Pero no podía llorar. ¡Estaba loca!

Ricardo se hubiera también vuelto loco, pues estaba inmóvil, silencioso y frío como una estatua de mármol; pero su hijita, á quien tenía una criada, le gritó con su voz ingénuo é infantil: ¡Papá! ¡Papá! Esta voz fué la de un serafín. Ricardo abrazó á su niña, y la cubrió de besos y de lágrimas, exclamando:

—¡Ya no tienes madre, hija mía! ¡Está loca! ¡Loca!

Dos meses duraron los sufrimientos de Clarencia. Una mañana se limpió los ojos, arregló su peinado, y recorrió con la vista la alcoba como quien despierta de un letargo causado por una horrible pesadilla. A poco rato tocó una campanilla y ordenó á una criada le trajeran á su hija, y llamaran á su marido. Hiciéronlo así; y apenas divisó á la niña con su rosada faz

y sus cabellos rubios, cuando la arrancó de los brazos de la criada, la estrechó contra su corazón y la cubrió de besos.

—Carmelita, hija mía, ¿no conoces á tu mamá? La niña, asustada, pugnaba por desasirse de los brazos de Clarencia.

—¡Hija, exclamaba ésta, un solo beso! ¡El último beso quiere tu madre!

La niña aproximó sus pequeños labios á los de Clarencia. Aquel beso fué solemne; la madre que se hundía en la tumba, y la hija que salía á la vida, se despedían para siempre.

El esposo, fijo é inmóvil en el marco de la puerta, contemplaba esta escena: en cuanto Clarencia lo percibió, le dijo:

—Ricardo, en nombre de la inocente que tengo en mis brazos, ¿me perdonas?

—¿Perdón, hija mía? contestó el esposo: bendiciones, bendiciones á tu pureza; lágrimas á Dios por tu salud.

—Gracias, gracias, Ricardo. Clarencia cayó desfallecida en el lecho: á poco rato la chiquilla se acercó gritándole:

—¡Mamá, mamá! Ricardo también exclamaba:

—¡Clarencia, Clarencia, bien mío!

¡Clarencia no existía ya!

Mayo de 1843.

## EL MONTE VIRGEN.